

## Candidatos en campaña con nombre propio pero sin apellido

Por: Leonel García

Publicado: 15/12/2018 08:00



CAPTURA

**Derribar barreras entre el dirigente y el ciudadano, economizar tiempo y espacio, y diluir parentescos que no suman son los motivos.**

El primero fue Wilson. El doctor en Ciencia Política Luis Costa Bonino recuerda que una campaña publicitaria detrás de la cual estaba la agencia Ímpetu, de Luis Caponi, logró imponer de esa forma, poniendo el énfasis en su nombre de pila, al principal candidato a la Presidencia que presentó el Partido Nacional en las elecciones de 1971. Wilson Ferreira Aldunate para entonces ya había sido diputado, senador y ministro de Ganadería. Pero a partir de ese momento, cuando en Uruguay se hablaba de “Wilson”, nadie tenían dudas sobre a quién se referían.

Más allá que Uruguay debe ser el país con Wilsons per cápita entre su población, ese nombre tan anglosajón servía como diferencial. También está lo que un publicista tan experiente como Francisco Vernazza califica como “la perpetua y universal búsqueda de economía”: mejor un nombre o un apellido que un nombre y un apellido. “La mitad del espacio, la mitad del tiempo, la mitad de la atención del receptor”. Se sabe: el publicidad el tiempo y el espacio valen oro; la atención, mucho más. También refleja esa necesidad de derribar barreras: se sabe, difícilmente a un amigo se lo llame por el apellido. Y, en algunos casos, hay apellidos que conviene dejarlos quietos.

Cuando agoniza el año preelectoral, ya se habla de “Luis”, así, a secas, al referirse al precandidato nacionalista Luis Lacalle Pou. Dentro del mismo partido, también se dice que “Juan quiere hablar con vos”; se trata de Juan Sartori.

No es un fenómeno únicamente blanco. Las últimas internas del Frente Amplio, las de 2014, enfrentaron al hoy presidente “Tabaré” Vázquez y a “Constanza” Moreira. En las elecciones de 2009, en el Partido Colorado, la campaña giró en torno a “Pedro”, por Pedro Bordaberry. Se considera erróneamente que fue él quien inició esta tendencia en Uruguay, a la usanza de lo que ya es más común en países como Brasil (“Lula”, “Fernando Henrique”, “Dilma”), con el objetivo inocultable de quitarle visibilidad a un apellido ligado al último Golpe de Estado.

Pero Tabaré Vázquez apeló a ese recurso desde su postulación a la Intendencia de Montevideo, en 1989. “Desde las primeras campañas, él era ‘Tabaré’”, recuerda Estaban Valenti, histórico publicista y militante frenteamplista, hoy en filas de La Alternativa. “Nosotros, en la (lista) 1001, poníamos ‘Tabaré’ con los colores de (Joan) Miró. Luego, cuando fue candidato a la Presidencia, se usaban los colores de la bandera de Uruguay. Y siempre la fórmula fue Tabaré-Nin”.

Ayudó además, resaltó, que hay pocos nombres tan “uruguayos” como Tabaré.

### Yo soy mi nombre

Como sea, solo unos pocos elegidos pueden apelar a él. Vernazza asegura que si un candidato utiliza su nombre de pila, es “porque presupone una capacidad de eclipsar a todos los que tienen el mismo nombre”.

Valenti también apela a la razón del artillero para usar un nombre: “Ayuda a la parte gráfica”, indica. Los publicistas, agradecidos. Luis, por caso, es mucho más conveniente que Lacalle Pou.

Para Montserrat Ramos, docente de Comunicación Política de la Universidad ORT, presente desde 1989 en las campañas políticas uruguayas, son dos los motivos básicos para usar el nombre sin el apellido; ambas tienen que ver con la distancia: “De esa forma, un político se hace más familiar y cercano a una persona común; y también se logra alejar de un apellido que pueda conspirar contra la causa”.

**Optar por el nombre presupone la capacidad de eclipsar a todos los que se llaman igual.**

En el caso de Bordaberry es obvio. Su padre, Juan María Bordaberry, pasó de ser presidente constitucional a de facto con el golpe de Estado de 1973. “Es el único caso en una dinastía política uruguaya que no tuvo facilidades, sino inconvenientes, en la portación de un apellido ligado a la historia del Uruguay”, señala Costa Bonino, quien acota: “Los responsables de la dictadura uruguaya son innumerables, pero el apellido Bordaberry cumple, para todos ellos, la inapreciable función de asumir todas las culpas y otorgarles a los demás una muy confortable impunidad política”.

El flamante Luis de Lacalle Pou –que no había tenido problema en mostrar sus dos apellidos en las elecciones de 2014- sigue una lógica parecida, indica Ramos. “No será por los mismos motivos (que Bordaberry), pero sí para tomar distancia de la figura paterna”, agrega la docente. Esto puede perseguir el deseado objetivo de fortalecer un perfil propio.

Mientras Costa Bonino opina que Luis cumple la doble función de “diferenciarlo de su padre y al mismo tiempo blindarlo contra formas menos aceptables de nombrarlo”, Vernazza duda mucho que esta denominación cuaje. “Lo van a usar los inocentes que lo quieran. O mejor dicho, entre los que lo quieran, aquellos que son inocentes. Los demás lo seguirán llamando Lacalle Chico, Cuquito o lo que sea”, ironiza.

El Juan de Sartori es más desconcertante entre los expertos ya que –a diferencia de Tabaré, Pedro o más atrás en el tiempo Wilson- no remite directamente al empresario.

Es que, justamente, se usa el nombre cuando este alcanza para identificar al candidato. “Liber Seregni siempre usó el apellido. Las campañas de Danilo Astori nunca apelaron al Danilo. Hay gente que se identifica mucho con el apellido. Ni aunque se haga el esfuerzo, Larrañaga va a presentarse como Jorge”, apunta Valenti.

**Hay gente que se identifica mucho con el apellido. Ni aunque se haga el esfuerzo, Larrañaga va a presentarse como Jorge**

Lo mismo podría decirse –¿o no?- de Pablo, Daniel, Carolina, Verónica, Oscar o José. Difícilmente alguien en Uruguay piense en otro Julio María que no sea Sanguinetti, pero más difícilmente el dos veces expresidente acceda a una campaña –en caso de aceptar una precandidatura- que así lo identifique.

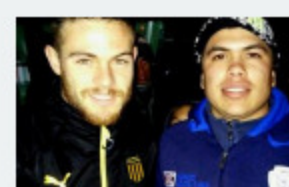
Hasta ahora, “Pepe” resultó mucho más identificatorio que Mujica y ni que hablar José. Fue la “barra del Pepe”, el “asado del Pepe” y el “porro del Pepe”. Mucho más atrás en el tiempo, incluso antes de Wilson, el presidente Luis Batlle Berres era “Luisito”. Esto no respondía a ninguna campaña

electoral sino que era reflejo de una cierta simpatía y afecto que generó, más allá de las heridas que siempre ha dejado la política, el sobrino de José Batlle y Ordoñez. En un país poco amigo a los cambios y a nuevas tendencias, la mayoría en cambio sigue aferrado al apellido: Novick difícilmente sea Edgardo, como se han encargado de marcarlo todas las publicidades del Partido de la Gente.

## MÁS LEÍDO



**ACTUALIDAD**  
José Mujica habló de todos: la unidad del FA y los piojos resucitados



**ACTUALIDAD**  
Dario trabajaba, estudiaba y jugaba fútbol; lo asesinaron con 23 años



**SALUD**  
Una mujer de Las Piedras donó 350.000 dólares al Instituto de Cáncer



**SOCIEDAD**  
Policía, Interpol y videntes siguen en búsqueda de mujer desaparecida



**SOCIEDAD**  
Los uruguayos se vuelven a tomar el avión para emigrar